

# Superar la caquistocracia

♦ Por Jaime Nubiola  
PARA LA GACETA - PREMIÁ DE DALT (ESPAÑA)

El pasado 9 de diciembre el premio Nobel de Economía Paul Krugman publicaba su última columna en el *New York Times*, donde había estado escribiendo regularmente desde enero del año 2000. El artículo se titulaba “Mi última columna: la esperanza en una era de resentimiento” y está accesible *online* gratuitamente. Me apenó su retirada, pues he estado leyéndole habitualmente: Krugman tiene el don de explicar con sencillez y claridad los entresijos, a veces muy enrevesados, de la economía. Me consoló su afirmación en las primeras líneas de su artículo: «Me retiro del *Times*, no del mundo, así que seguiré expresando mis opiniones en otros lugares».

Krugman no explica los motivos de su decisión, pero da la impresión de que no desea seguir criticando semanalmente las políticas económicas que pueda desarrollar el gobierno de Trump en los próximos años. Los dos tenemos la misma edad —nacimos en 1953— y comprendo bien su hastío por seguir repitiendo una y otra vez las mismas objeciones. Esta explicación se confirma, en cierto sentido, con los dos párrafos finales que dan mucho que pensar y que transcribo:

«¿Hay alguna forma de salir del sombrío lugar en el que nos encontramos? Lo que yo creo es que, aunque el resentimiento puede llevar al poder a gente mala, a largo plazo no puede mantenerla en él. En algún momento, el público se dará cuenta de que la mayoría de los políticos que despotrican contra las élites en realidad son élites [...] y empezará a pedirles cuentas por no cumplir sus promesas. Y en ese momento el público estará dispuesto a escuchar a quien no in-



CONVICCIÓN. “En algún momento, el público se dará cuenta de que la mayoría de los políticos que despotrican contra las élites en realidad son élites”, dice Paul Krugman.

tente argumentar desde la autoridad, no haga falsas promesas, sino que intente decir la verdad lo mejor que pueda.

Puede que nunca recuperemos el tipo de fe en nuestros dirigentes —la creencia en que las personas en el poder suelen decir la verdad y saben lo que hacen— que solíamos tener. Tampoco deberíamos. Pero si nos enfrentamos a la caquistocracia —el gobierno de los peores— que está surgiendo en estos mo-

mentos, puede que con el tiempo encontremos el camino de vuelta a un mundo mejor».

Lo que Krugman está defendiendo son dos cosas diferentes, pero muy relacionadas. Por una parte, la importancia de la verdad en la gestión pública y, por otra, la necesidad de repensar el acceso a los puestos de responsabilidad para que no gobiernen los peores, esto es, para que nuestra democracia no se trans-

forme en *caquistocracia*.

Me parece que nunca había oído esta curiosa palabra “caquistocracia” que tan fea es tanto en su sonido como en su significado. Se opone a “aristocracia”, el gobierno de los mejores, y viene del griego (*kakistós*, peor; y *kratos*, gobierno). Wikipedia explica que se trata de un “término utilizado en análisis y crítica política para designar al gobierno de los

Estados controlado por las personas más ineptas, incompetentes y cínicas”. Al parecer —añade Wikipedia— “se utilizó por primera vez en el siglo XVII y tuvo un cierto uso en el siglo XIX, pero es a principios del siglo XXI cuando se ha extendido su utilización en los medios”.

Otra palabra de origen griego en boga en diversos países es la de “cleptocracia”, esto es, el gobierno de los ladrones, cuando quienes rigen los destinos de un país se dedican fundamentalmente a su enriquecimiento personal empleando para ello todo tipo de medios ilícitos. Ya san Agustín en su famosa obra *La ciudad de Dios* afirmaba que un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una “gran banda de ladrones” («*magna latrocinia*», IV, 4).

Adonde quería llegar es a algo obvio: la necesidad de establecer unos requisitos formativos para quienes se dedican al gobierno en sus niveles superiores. No solo tienen que dar buena imagen y saber hablar en público, sino que han de tener la capacidad para comprender realidades complejas y tomar decisiones con una información limitada. Si para ocupar un puesto alto en una empresa se requiere un MBA y una amplia experiencia laboral, ¿por qué puede alguien ser ministro simplemente por amistad o lealtad con el presidente? Necesitamos desarrollar escuelas de gobierno y requerir esa formación a los gobernantes, si queremos hacer el mundo mejor, esto es, si no queremos que nos gobiernen los peores.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor emérito de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).

## Venezuela en su laberinto

♦ Por Juan Ángel Cabaleiro  
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

Cuando Edmundo González Urrutia, presidente legítimo de Venezuela, anunció un plan secreto que iba a impactar tremendamente en toda América y que pondría en marcha el mismo día de la asunción, creí adivinarlo de inmediato. No podía tratarse solamente de desembarcar en algún lugar de Venezuela acompañado por nueve ex mandatarios latinoamericanos, porque eso ya estaba anunciado y no sería ninguna sorpresa, aunque sí un espectáculo digno de no perderse; el as bajo la manga tenía que ser otro, mucho más potente, y que guardaba con celo debido a su altísimo impacto internacional.

Van a llegar con Messi en el avión, pensé, eso sí que sería de gran impacto. Lo pensé o creo que lo soñé, porque llevaba demasiado tiempo insomne pegado a las noticias y con los horarios cambiados, que es como suelo hacer mis análisis de política internacional. Tal vez lleguen en el propio avión de Messi, que aterrizará clandestinamente en una carretera per-

dida bajo el sol calcinante del desierto. O en un barco, en alguna playa solitaria y brumosa, tal vez nocturna, como ya había hecho Fidel en una ocasión, no demasiado lejos de allí. El endeble Edmundo, con sus nueve mandatarios jubileados y el refuerzo invalorable de Messi, me recordaban a cierta formación añeja de la selección argentina, un equipo algo desequilibrado pero capaz de dar la sorpresa.

Sea como fuere, les esperaba un largo y agotador periplo hasta Caracas, en el que sin dudas irían cosechando multitudes. En el avance hasta la capital los pueblos y ciudades quedarían vacíos, y hasta las fuerzas más demoníacas de la represión chavista sucumbirían a la tentación de sacarse una *selfie* con Messi o pedirle un autógrafo. Y así, transpirados y exhaustos, inmunizados por la presencia del ídolo, llegarían finalmente a las puertas del palacio donde el Monstruo se juramentaba en vano.

Me imaginaba (o creo que soñaba) a don Edmundo como un amante despe-

chado que se presenta a arruinarle la boda a una fulana, acompañado y alentado por los amigos del barrio y seguido por una inabarcable multitud de curiosos. Una fulana rumbosa y casquivana alardeando virtud en su boda fatua, con invitados de países pequeños e ignotos, muchos de ellos ilocalizables, pero también con emisarios de grandes y exóticos imperios, como en un aquelarre de las *Mil y una noches*.

Hubiese sido maravilloso que aquel encuentro se produjera, pero la capacidad para desilusionarnos de don Edmundo parece inagotable, infinita, y no solo nunca convocó a Messi, sino que ni siquiera concretó el heroico periplo; acobardado, según parece, por unos misiles que me parecieron (o lo habré soñado) de cotillón y más falsos que los tanques de Saddam Hussein. Pero también las Razones, el Derecho y la Justicia que portaba don Edmundo son puro cotillón en política, sobre todo si se les opone un tirano. Así lo comprendieron don Edmundo y

sus gerontes, y así lo comprendimos todos los que estuvimos pendientes de las noticias aquel día, como si no lo supiéramos o hubiéramos pretendido desconocerlo, como si la realidad fuese menos delirante que un sueño.

Así que aquellos nueve ex mandatarios que casi nadie conoce se quedaron a las puertas del laberinto que es Venezuela, en un hotel de lujo de Santo Domingo, rumiando en vano alguna esperanza, vestidos y sin fiesta, con más alivio que desilusión en los semblantes, confabulados ahora para concederle la jubilación anticipada a don Edmundo por una presidencia que no se dio y sumarlo como miembro honorario al grupo Idea, con sus aspiraciones platónicas y sus interesantes beneficios sociales. Y habiendo desperdiciado la excusa perfecta para conocer a Messi en persona.

### Elefantes

Dicen que la mejor forma de ocultar un elefante es en medio de una manada de

elefantes. Para este año, la dictadura venezolana ya anunció nueve convocatorias electorales. Nueve, distribuidas a lo largo del año, para diversos cargos, como gobernadores, intendentes, legisladores y otros de distinto tipo, para que el pueblo se atragante. Nueve elecciones para pasar página y que la del 28 de julio quede sepultada en el olvido.

Venezuela se convirtió en un laberinto de pesadilla que seguirá reclamando un Teseo capaz de llegar a su centro y derrotar al Minotauro. Mientras tanto, don Edmundo recibe las palmaditas hipócritas de la comunidad internacional y se dedica a emitir, sin sangre en las venas ni fuerza suficiente en la voz, soflamas levantiscas que les llegan mustias y desvaídas a unos militares impertérritos, criogenizados por el régimen, insensibles como momias, mudos como progres y sordos como tapias.

© LA GACETA

Juan Ángel Cabaleiro – Escritor.

## Un relato que no debe leerse

♦ Por Eduardo Posse Cuezco  
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

Nada debe hacerse sin el beneplácito de los augures. Es de la naturaleza de las cosas respetar el designio de los dioses. Pero mi amigo, Marco Lucio, despreció todo consejo y acometió una empresa destinada al fracaso.

Habiendo llegado a los idus de marzo, Julio César tuvo soberbia actitud frente al adivino que predijo su asesinato. A las horas, yacía apuñalado por Bruto, su hijo y favorito. Y Marco Lucio, decidido neciamente a contravenir su destino,

adquirió un predio para loteo en la colina del Monte Testaccio, sin advertir que el suelo no era el adecuado para construcción alguna, ya que, como es sabido, estaba conformado por los restos de más de veinticinco millones de ánforas de barro que los importadores romanos, una vez vaciadas de su contenido, arrojaban al baldío, y que la musa Urania lo había cercado con prohibiciones de edificación en altura.

¡Pobre Agamenón, que se lanzó a la

mar a pesar del vuelo errático de las aves! ¡Pobre Marco Licinio Craso, víctima de un simulador de auspicios! ¡Pobre Marco Lucio, fabulador de emprendimientos inmobiliarios!

La desgracia, invocada por la diosa Ate, se apoderó de su empresa apenas el primer lote fue vendido a Cecilia, hija de Octavio Métel. Tal parece que Cecilia, intentando construir un monoambiente, enterró el primer pilote en el barro, advirtiendo inmediatamente la

evicción en su compra.

La noche del solsticio de invierno, la noche más larga del año, encontró a Marco huyendo apresuradamente a través del Tiber, a cuyas aguas arrojó los boletos de compraventa del loteo fallido.

Todos saben que, con el tiempo, Marco Lucio fue encontrado, condenado y esclavizado. Que su propietario lo puso al frente de una tienda de amuletos y que, en su ancianidad, ya liberto, insta-

ló una academia de artes adivinatorias.

Por eso no desafíes la lección de Cicerón, que considera bárbaros y feroces a los que ignoran las señales de lo futuro.

Y si no obtienes el consentimiento de los dioses no compres lotes en el Monte Testaccio, ni leas este relato.

© LA GACETA

Eduardo Posse Cuezco - Abogado. Presidente de la Alianza Francesa de Tucumán y de la Fundación Cartier.

## ¿Y si la IA, el Big Data o el simulacro fuesen el resultado de una “magnífica ironía”?

...Viene de página 1

Dicen algunos expertos tecnócratas convencidos —sin menospreciar sus saberes— que todo ello nos ofrecerá, en un futuro cercano, y que incluso ya lo está haciendo en algunos casos, una mejor vida, un mayor confort, un crecimiento de las habilidades mentales y emocionales; y hasta un robot que pueda imitar a una persona en su voz, actitudes e ideas. Ante este futuro genial, casi grandioso e inevitable, aparecen en sordina algunas dificultades.

Preguntamos, ¿qué pasará con las normas éticas y morales que organizaron —desde el inicio— todas las civilizaciones del orbe, incluyendo los Diez Mandamientos?

¿Tienen algún peso, hoy, valores cuya vigencia pudieran soslayar los dictámenes de las tecnologías actuales? ¿Será posible el reconocimiento de la democracia o los derechos humanos en tanto circulen copias de nosotros mismos? ¿Podremos pensar sin los controles de un “gran hermano”? Es dudoso. Basta ver por TV breves escenas sobre nuevas armas —tecnológicamente muy avanzadas— en la guerra actual entre Rusia y Ucrania, para advertir que la tecnología de última generación tiene más valor que las vidas humanas o que las hambrunas salvajes de algunos países.

Pero esto no puede decirse en voz alta. La sociedad no lo entendería o, peor aún, no lo aceptaría si tuviera lucidez para pensarlo. ¿Tenemos esa lucidez? No parecie-

ra. Entonces, ¿no estaremos sumergidos ya en una potente y arbitraria *ironía*, un decir de otro decir, en algunos poderes ocultos del planeta? Es factible que con ese decir a medias nos vendan la ilusión de mejorar nuestra vida con la cibernética: la IA, la RA, los Simulacros o sujetos que pueden reemplazar a un humano vivo. ¿No será que con “Magnífica Ironía” dicen y hacen algo distinto de lo que realmente piensan a fin de acrecentar, sin límites —y sin grietas— el poder que ya poseen? Sabemos que la venta de armas y de drogas de los laboratorios garantiza y casi “legítima” la acumulación de dinero y, por tanto, de poder.

¿Vamos a dejar todo como está? No, de ser posible. La filosofía, un constante pre-

guntar porque las certezas no le alcanzan, apuesta a dos tipos de tratos con la realidad. Uno, la aceptación de la *verdad* propia de la inteligencia de las ciencias, un decir de otro decir, que de modo imperceptible entra al juego de lo *irónico* del mensaje del poder tecnológico. Otra, es la inteligencia abarcadora y lúcida que busca el *sentido*, no la verdad, y reconoce y teme la “Magnífica Ironía” que esconde la última tecnología, no porque no le sea útil esta potentísima herramienta, sino porque, para salvarnos, para ser lo que deseamos desde el fondo de nuestro corazón, para encontrar el sentido de la vida, necesitamos apostar a utopías trascendentes como la libertad, lo sagrado, la belleza o la eternidad, aunque nunca las alcanzaremos.

Este otro modo de vernos a nosotros mismos conlleva la ambigüedad y el misterio que la cibernética, hoy, ya no soporta. Intenté hacer aquí una reflexión abierta para lo cual convoqué al lector a pensar en el *sentido* —como lo mencionamos antes— más que en la *verdad*. Recurro a la “Magnífica Ironía” de la que habla Borges en el Poema de los dones pues parece ser funcional, en tanto velo que oculta o disimula con engaños o subterfugios, al inmenso poder tecnológico de hoy.

Ustedes dirán ¡ah pero eso es pura literatura! Y tienen razón... ¿o no?...

© LA GACETA

Cristina Bulacio - Doctora en Filosofía, profesora consulta de la UNT.